

ideología política o de invención artística que estuviese en boga en París o en Berlín. Ignoramos el A B C de las ideas esenciales y corríamos tras el X Y Z de la moda.

¿No pretendíamos crear aristocracias intelectuales cuando no existía siquiera la base del alfabeto en las masas del pueblo? Tales aristocracias no eran sino caricaturas de los grupos superiores europeos: el vacío intelectual en torno de ellas las diezmaba constantemente; la falta de estímulo vivo las hacía descuidadas y pueriles, las mantenía en el nivel de *parvenus* de la cultura.

Y en el orden político ¿no es verdad que la confusión de ideas ha sido continua en la clase dirigente? Las grandes empresas nacionales de América, —tales, la obra de Sarmiento en la Argentina, la Reforma en México,— se realizaron afrontando la oposición de la mayor parte de la «gente culta», empeñada en invocar contra ellas toda especie de teorías discutibles.

Abandonemos, pues, el desorden de ideas en que hemos vivido; despojemos de complicaciones artificiales nuestros problemas: *volvamos a comenzar*, y para comenzar de nuevo propongámonos alcanzar siempre la claridad y la precisión. Procediendo así, hasta los más humildes de entre nosotros podremos encontrar orientaciones necesarias a nuestra vida, soluciones para nuestros conflictos. En más de una ocasión, —lo hemos visto,— se ha resuelto, ya uno, ya otro de los diversos problemas que preocupan a las naciones de la América latina con la mera aplicación de principios elementales, aplicación, eso sí, enérgica y perseverante.

¿Es complicado, por ejemplo, el problema de la educación popular? A juzgar por los libros que se escriben sobre él, lo parecería. Por dondequiera que se ha vencido, la fórmula ha sido sencilla: fundar escuelas. ¿Es complicado suprimir las diversiones bárbaras? Hay quienes disertan, a propósito de ellas, de estética, y de sociología, y de economía. Pero dondequiera que se les ha buscado el remedio, se ha encontrado, y es sencillo: prohibirlas. ¿Es complicada la higiene de las ciudades? Lo es, sin disputa, mucho más que otras cuestiones; y sin embargo, dondequiera que se le ha dado solución, la solución ha sido rápida. Así, pues, antes de aterrarnos con las complejidades imaginarias de nuestros problemas, pensemos si no es posible, —lo será muchas veces, aunque no todas,— simplificarlos, reducirlos a sus términos elementales.

Como con los problemas prácticos, así con los del espíritu: antes que todo, urge simplificar, urge aclarar. Que cada uno haga interiormente su dis-

curso del método. Y volvamos a comenzar: sólo así tendremos certeza de que echamos a andar por el buen camino: sólo así tendremos la esperanza de evitar el dédalo del pensar confuso.

Y por fin, nuestra vida espiritual, nuestra existencia de naciones obligadas a sí mismas, exige que penetremos a lo hondo de la esencia de nuestro ser de pueblos. Conozcámonos; sepamos cómo es la tierra en que vivimos, todo lo que encierra y todo lo

que podrá recibir; sepamos cómo es el hombre que habita, qué tradiciones viven en él y lo impulsan o lo detienen; descubramos y unamos todo cuanto servirá para crear, para instaurar la nueva civilización que ha de ser nuestra, la que debe dominar espiritualmente el porvenir.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

México, abril de 1923.

(El Universal, México, D. F.)

LA VUELTA DE LOS CLASICOS

Calderón, el autor de moda

SI no fuera porque me hubiese resultado demasiado largo el título, habría dicho «Calderón, el autor de última moda».

Es fantástico el hecho, pero es verdadero. Don Pedro Calderón de la Barca, que nació el 11 de enero de 1600, es el autor dramático en boga a principios de temporada de 1922-923.

Tres Compañías han estrenado obras suyas diferentes. La Xirgu, *La niña de Gómez Arias*; Miguel Muñoz, *El alcalde de Zalamea*; Ricardo Calvo, *No hay bromas con el amor*, y yo añadiría que en plena vida siempre es repertorio de actualidad, y va por la representación «más que billonésima y pico», *La vida es sueño*,

El sacerdote Calderón, sacerdote más por decisión de la madre y por aprovechar una capellanía que por otra cosa, es aún como el presbítero de Madrid que vive en la calle Mayor, donde murió y donde aún parece escribir junto a un brasero de copa con badila de plata, iluminado por un velón de pantalla, mojando la pluma de cisne en el monumento argentífero de la escribanía.

El gran Calderón, caballero de un duque, letrado, soldado en Flandes, y cuyos restos han sido enterrados y desenterrados varias veces, vuelve a ser el autor triunfante, fresco, de dicción maravillosa, al ser repuesto en el mismo corral de comedias donde se representaron tantas veces antaño. La resurrección es completa, y la vida que desparrama, maravillosa.

Hace poco oíamos por la calle a gentes muy bien puestas:

—¿Y usted dónde va con las hijas tan majas?

—Vamos a ver a *La niña de Gómez Arias*...

—¿Es que está mala?

—No. Es que nos han dicho que está muy bien...

—Quizá que la han puesto de largo.

—¡Desde que la pusieron! ..

—Pues denla muchos recuerdos.

Y era como una obligación elegante ir a ver *La niña de Gómez Arias*, tan ingenua y tan niña como entonces, tan el día de su santo y cumpleaños como entonces.

La estatua a Calderón en la plaza de Santa Ana merece estos días mayor culto, y hay que cambiar con ella un saludo como entre vivos.

¡Qué bien realiza su teatro Calderón!... Yo, las tres veces únicas que he asistido este invierno al teatro, ha sido para ver las tres obras de Calderón. Lo que está «situado» en ellas lo está como después no está «situado» nada en el teatro moderno, que tanta vergüenza da. De los clásicos a «los cubistas», sin pasar por los académicos ni los gloriosos mediocres.

Es grato ver qué emulación tiene la frase en las obras de Calderón; cómo se despliega; cómo se toma el tiempo y el espacio que quiere; cómo intenta sobrepasarse y se concentra en sí mismo para conseguirlo. Piropean a las almas estos versos, y se piensa que la mujer se debía sentir arrebatada de indignación y vengatrix contra la grosería y la decadencia de sus novios y sus autores favoritos. ¡A qué altura llegaba el concepto y la frase entonces para conseguir su corazón! Da grima la conformidad bajuna de la frase en nuestros días. ¡Qué gran concurso personal y caballero el del estilo dentro del drama en el combate privado del autor con su alma!

En estas obras de Calderón, como en otras de grandes hombres como él, hay que tener la paciencia de esperar esos tres momentos en que el autor hace gala de ingenio sutil y de engranaje espiritual, complicado y suave, largando las tiradas centrales de versos, la cuerda poética de cada acto, el conceptuoso deliquio de la mujer o del hombre. Dejan dignificado y profundizado el drama o la comedia esos versos largos, debiendo contar con ellos